

tica constante en la antigüedad, de que el codificador debía ejercer el primer año el poder supremo para imponer sus reformas. En el primer año se promulgaron las leyes que inscritas en tablas de bronce se fijaron en el Forum. El cuerpo decenviral fué renovado quedando dueños de él los aristócratas, y á su cabeza uno de los durísimos patricios de la *gens Appia*. Se promulgaron dos tablas más. De este cuerpo de leyes cuyo análisis no es de este lugar, sacaban en resumen los plebeyos estas grandes conquistas: una ley escrita que impedía la arbitrariedad en los jueces que solos hasta entonces conocían la ley; ante esta nueva ley no había clases ni distinciones, la fórmula es ésta: *si quis*, si alguno; patricios y plebeyos quedaban confundidos por sólo este hecho; la abolición de las leyes en contra de determinado individuo *ne privilegia inroganto* y algunas disposiciones en contra de la usura que pasando de cierto límite tenía una pena superior á la del robo. Por lo demás, los viejos principios estaban ahí consignados; la potestad del padre de familia, el derecho absoluto del acreedor sobre el deudor, la protección severísima de la propiedad, la consagración del principio de que el extranjero era el enemigo *adversus hostes eterna auctoritas esto* y el matrimonio prohibido entre los miembros de los dos órdenes, para mantener la desigualdad social. Ciertamente, el principio de la igualdad civil estaba conquistado, pero los patricios se proponían burlarlo porque ellos solos conocían el formulario secreto de los procedimientos judiciales, los gestos ó *actiones* que se requerían para que el juicio fuera perfecto. Mas no podían haberse contentado con esto; había en el nuevo código una disposición, en virtud de la cual sólo la asamblea de las centurias podía conocer de las apelaciones en materia capital; las tribus no tuvieron ya este poder. Esto, piensa Mommsen, equivalía á la supresión del tribunado, y probable-

mente con esta condicion más ó menos expresa, consintieron los nobles en la promulgación de las XII tablas. Pero los excesos de poder de los decenviros frustraron el plan de la nobleza, y despues de una rebelion del ejército, es decir, del pueblo armado, el senado cedió y los decenviros fueron depuestos. Dos de ellos se dieron la muerte en la prision. La consecuencia fué el restablecimiento del tribunado. Esta revolución plebeya, tuvo también su Lucrecia como la revolución aristocrática de 510. Se llamó Virginia. Appius, el gefe de los decenviros quiso apoderarse de ella por medio de una noble intriga, y habría conseguido su objeto, si el padre de la jóven no hubiera preferido verla muerta ántes que deshonorada. El matador se refugió entre el ejército acampado á orillas del Alguido y ya preparado á la rebelion por el asesinato del bravo Sicinius Dentatus; los soldados al escuchar el relato de su compañero, marcharon sobre Roma y acamparon sobre el Aventino, de donde, mientras el Senado perdía su tiempo en vanas discusiones se retiraron á Crustumeria (Monte sagrado), y ahí dictaron sus voluntades al senado. (1) Dos senadores populares, Valerius y Horatius, creados despues cónsules por un *interrex*, fueron los mediadores, y gracias á ellos el restablecimiento del tribunado fué acompañado de algunas leyes que garantizaron la victoria plebeya, tales como la que dió fuerza de ley á los plebiscitos aprobados por las curias, la que prohibió bajo pena de muerte crear una magistratura, de cuyos fallos no pudiera apelarse, la que ordenó que los *senatus consultus* fuesen puestos bajo el cuidado de los ediles plebeyos, etc. (448)

*La igualdad política. Los galos.* Para hacer comprender bien la revolución que restableció el tribunado, vamos á seguirla en sus consecuencias, es decir, en la con-

(1) Remitimos al lector á la magnífica narración de Tito Livio (Lib. III 38-53.)

quista de la igualdad política, brevemente y descuidando, por lo pronto, la historia militar. (Este período va de 447 á 366). Haremos notar que en toda esta lucha, la habilidad de los nobles consiste en ceder despues de luchar para amortiguar la fuerza del empuje revolucionario y en ceder á los plebeyos el ejercicio de altas funciones desmembrándolas para ir las abandonando partícula por partícula. De aquí la creación de nuevos cargos en la República, como la censura, el tribunado consular, etc., hechos con los despojos de la magistratura consular. En esto la aristocracia romana fué hábil, porque si bien es cierto que las sociedades no pueden existir sin aristocracias, también lo es que estas sólo viven con la condición de transformarse incesantemente acomodándose á la sucesión de las necesidades sociales.

Lo primero que obtuvieron los tribunos, instrumentos eficaces de toda esta reforma, fué que los jueces criminales y los administradores del Tesoro (*questores parricidii* y *questores aerarii*), fuesen nombrados por la asamblea de las centurias, lo que haría posible que fuesen escogidos en los dos órdenes. En seguida se trabó la lucha sobre la cuestión de los matrimonios entre nobles y plebeyos, á mocion del tribuno Canuleius. El pueblo ante la resistencia de los nobles, recurrió al expediente de retirarse al Monte sagrado, y obtuvo que las nupcias entre nobles y plebeyos, fuesen declaradas legítimas. En 444 ántes que ceder á los plebeyos que pretendían que se dividiera el consulado entre las dos clases, desmembraron el alto cargo. Para ejercer el poder de los cónsules de hacer el censo, de hacer las listas senatoriales y de los caballeros, de administrar los dominios y la hacienda pública, consintieron en la creación de dos *censores* cuyo encargo duraba 18 meses. Una parte de las funciones militares, la administración de la justicia civil, la presidencia del senado y de los comicios, la prefectura de

la ciudad, todas atribuciones de los cónsules, se dieron, aunque sin los honores curules á unos magistrados que se llamaron tribunos militares con potestad consular ó tribunos consulares. Los nobles se defendían haciéndose elegir por las centurias para todos estos cargos.

Por este tiempo (437) se dijo que un protector del pueblo Spurius Maelius se quería hacer monarca. Los cónsules eligieron por dictador al anciano Cincinnatus, y éste hizo matar al pretendido conspirador y arrasó su casa. En 431 hubo una dictadura popular. En 427 los tribunos sometieron á la decisión de la asamblea centuriada, la cuestión de la guerra con Veies, varias veces renovaron la ley agraria y lograron que se distribuyeran al pueblo grandes fracciones de las tierras conquistadas; en 405 obtuvieron que se pagase sueldo á los soldados y ántes habían obtenido que pudiesen los censores escoger á los senadores en los dos órdenes, y en 400 lograron que cuatro de los seis tribunos militares, fuesen plebeyos.

Tales luchas parecían robustecer al pueblo y estos 50 años son fecundos para la grandeza exterior de la ciudad. Los sabios que encontraban una resistencia demasiado enérgica del lado de Roma, se mezclaron á las incursiones de los Samnitas en la Campania y dejaron en paz al Lacio. Despues se obtuvieron señaladas ventajas contra los volscos y empezó la larga guerra con los etruscos que había de acabar con la toma de Veies, la Roma etrusca. Empezó en esta ocasion la contienda por la posesión de Fidenes, colonia etrusca situada á seis millas del Janículo. Dos veces la ocuparon los romanos despues de serias rebeliones, y la última la sofocaron con tanta crueldad, que Veies pidió una tregua de 20 años. Los romanos aprovecharon la tregua para volver sobre los equos, y los volscos y debilitarlos, sobre todo, con la toma de Anxur á los senados. Fué durante estas campañas (429)

cuando tuvo lugar el célebre episodio que muestra hasta donde llevaban los romanos el culto de la disciplina; nos referimos á la sentencia capital pronunciada por Turnus contra su hijo que aunque combatiendo sin su orden volvía vencedor. El fallo fué ejecutado.

En el año de 405, comenzó el sitio de Veies; duró diez años como el sitio de Troya y los prodigios y las hazañas se multiplicaron entónces. Con razon se ha llamado al sitio de Veies, la Iliada romana. El Aquiles y el Ulises á un tiempo de esta epopeya fué Furius Camillus. Los etruscos presididos por sus lucumones llenos de presentimientos fúnebres y profetizando en medio de sus lúgubres orgías la ruina próxima de la Etruria, declararon disuelta la liga etrusca en el templo de Voltumna, y Veies quedó abandonada. En vano algunos pueblos vecinos quisieron socorrerla; en vano los volscos pusieron en peligro inminente á Anxur. Los latinos socorrieron á los romanos, el sitio continuó y á pesar de sus heroicos esfuerzos y de haber batido varias veces á los tribunos militares, Veies sucumbió. Camillo valiéndose de una estratagema, penetró por una mina hasta el templo de Juno en donde el rey de Veies consultaba el oráculo santo. Cuando la ciudad fué tomada, dicen los cronistas, Camillo velándose la cabeza, pidió á los dioses que alejaran de la ciudad romana la ruina y la desolación que tenía á su vista. Los dioses no lo escucharon. Los galos despues de subir á "grandes gritos" las abruptas pendientes de los Alpes, habían precipitado sobre la Etruria sus famélicas hordas.

Miéntas los romanos menoscababan la potencia etrusca al Sur, los galos-senones, miembros de la gran familia celta que en otro tiempo había sido la compañera de los latinos y de los helenos en su emigracion del Asia central y en el campamento secular de las tres razas á orillas del Alto Danubio, atacaban en el valle de Pó al im-

perio etrusco y la toma de Melpum por los bárbaros tuvo lugar en el mismo dia que la de Veies por los romanos, segun una tradicion. Los galos formaban ese pueblo vanidoso, bravo, locuaz, amigo de todo lo brillante, y enemigo, dice su gran historiador Thierry, de toda idea de orden y disciplina. Eran, agrega Mommsen, los *lansquenets* de los tiempos antiguos. Las hordas célticas penetraron en el territorio que hoy llamamos Francia y que de ellos se llamó Galia, por el Rhin, llegaron á las orillas del mar, penetraron en las Islas Británicas, donde se conservan sus grandes huellas en Escocia, en el país de Gales, en Irlanda; pasaron los Pirineos, lucharon con los iberos y se confundieron despues con ellos (celtíberos) y luego por los tiempos que vamos historiando (1) pasaron los Alpes en bandas sucesivas, y mientras unos acaudillados por Sigoveso entraban por la Selva negra en el valle danubiano, otros al mando de Belloveso, deshacían el imperio etrusco á orillas del Pó y fundaban diversas ciudades en la actual Lombardia (Mediolanum, Brixia, Verona); otros grupos de los que bajaban sin cesar de los Alpes, penetraron en la Emilia y en la Roma actuales, se apoderaron de Felsina que desde entonces se llamó Bononia y se derramaron por las costas del Adriático. Los etruscos se iban circunscribiendo al territorio que todavía lleva su nombre la toscana (de *tusci*), porque no solo eran los galos los que los atacaban, sino los siracusanos en las costas meridionales de la Italia, los samnitas que se apoderaban de la Campania, los latinos y los romanos como hemos visto ya; estos no se contentaron con la toma de Veyes y despues con las de Capua y Faleria, sino que pasaron la terrible selva cimniana y atacaron á Vulturna que compró una tregua.

(1) Tito Livio dice que esta invasion tuvo lugar doscientos años antes, y que coincidió con la fundación de Massalia por los fokenses. Esta opinion ha sido definitivamente abandonada por la buena crítica.

Entre tanto unas nuevas tribus galas, las de los senones, atravesaron el Apenino y fueron á buscar tierras á Clusium (391). Los etruscos pidieron auxilio á los romanos; éstos mandaron una embajada que se comportó de manera, que provocando la ira de los galos, atrajo la guerra sobre Roma. Efectivamente, los sitiadores de Clusium abandonaron indignados su empresa, y guiados por sus *brenn* se dirigieron sobre Roma en una masa compacta é irresistible. Camillus, que había ofendido al pueblo por su orgullo, estaba en el destierro. Los romanos se presentaron en batalla á los celtas á orillas del Alia y fueron vencidos. Una parte del ejército se refugió en el Capitolium y el resto de los habitantes de la ciudad en Veies y los pueblos circunvecinos. Los galos penetraron en la ciudad, mataron á los pocos habitantes que allí encontraron, y la saquearon é incendiaron completamente, pero no pudieron apoderarse de la ciudadela. (1) Entretanto Camillus había sido nombrado dictador en Veies, y se dispuso á socorrer al Capitolio. El *brenn* que acaudillaba á los vencedores de Roma, porque los otros habían derramado sus bandas por el Lacio, consintió en abandonar la ciudad mediante un cuantioso rescate, y un tratado en que los vencidos y sus aliados se comprometían á facilitar á los celtas la vuelta al norte de la Italia á donde los llamaba una invasion de los venetas. Camillus ocupó la ciudad una vez abandonada, y aún parece que sus legiones obtuvieron algunas ventajas sobre las hordas rezagadas en el pillaje de la Apulia y que no alcanzaron al grueso de sus compañeros. La vanidad romana ha hecho con estos insignificantes combates la leyenda del triunfo de Camillus. (389).

En el incendio de Roma habían pereci-

(1) Aquí colocan los historiadores los episodios de los senadores sentados en sus curules en las puertas de sus casas, de la valentía de un Fabius yendo solo á ofrecer un sacrificio al Quirinal, del Capitolio salvado por los ganosos sagrados y Manlius etc. V. Tito Livio.

do la mayor parte de los grandes documentos de su historia; algunas leyes, algunos tratados, las doce tablas, el baston augural de Romulus, eso fué todo lo que se encontró. La ciudad era una inmensa ruina; miéntas se reconstruía con los despojos de Veies, Camillus derrotaba á los latinos, á los volscos, á todos los vecinos de Roma que querían aprovechar su precaria situacion para reducirla por siempre á la impotencia. Por estas victorias Camillus mereció bien el nombre de segundo fundador de Roma.

Como el pueblo había sido aumentado con la adopcion de nuevas tribus formadas por las habitantes de Veies, de Capena, de Faleria, se sintió bastante fuerte para renovar en condiciones de éxito la lucha interior para dar cima á la conquista de la igualdad política. Como siempre sucede, el estado de efervescencia de las masas tentaba la ambicion de muchos patricios: uno de ellos, Manlius, el heroico salvador del Capitolio, envidioso, segun cuentan de la gloria de Camillus, empezó á halagar al pueblo y se constituyó en una especie de redentor de los pobres. El senado nombró un dictador, Cossus, que á su vuelta de la campaña contra los volscos intentó destruir al noble demagogo. Éste apeló al recuerdo de sus hazañas, pero en vano; salvóse una vez, pero la segunda fué decapitado. Sin embargo, una vez comunicado al pueblo el nuevo impulso no se detuvo ya.

Dos ricos plebeyos, Licinius Stolon y L. Sextius, tribunos en 376, pidieron la supresion de los tribunos militares y que en adelante uno de los dos cónsules fuese siempre plebeyo; que se marcara un límite á la propiedad de las tierras públicas, completamente usurpadas por el patriciado, que se repartiera una parte de las tierras entre los pobres, de modo que á cada uno le tocasen siete *jugera*, (1 hectara 76 áras), que se pagara el diezmo de los frutos de las tierras del dominio que se poseyera y que todo propietario estuviese obligado á em-

plear un número dado de trabajadores libres. Estas son en sustancia las leyes conocidas con el nombre de leyes *licinias*.

Diez años duró la lucha; diez años fueron reelectos los tribunos; en el curso del combate obtuvieron los plebeyos el derecho de formar parte del colegio que interpretaba los libros sibilinos. Por fin los comicios por tribus votaron las rogaciones; las centurias eligieron cónsul a Sextius, uno de los autores de las nuevas leyes. (366).

Camillus pudo erigir un templo á la Concordia, la era de las revoluciones iba á tener una solución de continuidad de siglo y medio, Roma iba á emprender la conquista del mundo.

Por supuesto que sería un error creer que los nobles no se defendieron. Crearon desde luego nuevas magistraturas la *pretura*, para administrar justicia, cuyas fórmulas desconocían los plebeyos, hasta que Flavius las reveló y la edilidad curul para cuidar de la policía urbana. Además se refugiaron en las dictaduras con tanta perseverancia, que en 27 años sólo dejaron llegar al consulado á ocho plebeyos, pero éstos se fueron tenaz y lentamente abriendo el acceso á todos los empleos, aún á los más elevados del orden religioso, lo que equivalía á penetrar en el *sancta sanctorum* de los aristócratas. Ya veremos después de la primera guerra samnita una nueva aunque rápida resurrección de las insurrecciones populares que fué el remate de las conquistas democráticas.

Como es natural suponer, la igualdad política no había hecho sino dar una nueva forma á la desigualdad social que es indestructible, porque es la de la naturaleza. El patriciado de sangre estaba vencido, pero sobre sus ruinas se había levantado una nueva aristocracia plebeya, la del dinero, más dura algunas veces para con el pobre que la de sangre. Ya veremos después de la conquista de la Italia y del mundo, la nueva fase que la lucha

de los pobres y los ricos toma en la ciudad, y como no había bastado la igualdad política á satisfacer el apetito de un pueblo que al rehacerse con la asimilación de elementos que le venían de todas las partes del mundo conquistado, preparó el advenimiento de una nueva era de trastornos, de convulsiones epilépticas de aquella sociedad enferma; ellas habían de entregar maniatada la república al imperio y habían de encarnar la democracia en un sólo hombre, en César.

CONQUISTA DE LA ITALIA. (367-265).—*Las guerras samnitas*.—Mientras, al día siguiente de la invasión céltica, los plebeyos luchaban por conquistar la igualdad política y obtenían las cargas curules, la historia militar de Roma entraba en ese rudo período que puede considerarse como la gran premisa de la conquista del mundo.

Los invasores celtas que no habían olvidado el camino del Lacio, volvieron 23 años después del sitio del Capitolio y se hicieron vencer por Camillus, que aunque ya octogenario, conservaba su antiguo vigor, y que probó así las ventajas del nuevo armamento y de la nueva organización de la legión que fué la definitiva. Ella hizo superior el ejército romano á cualquiera otro que se compusiera de formaciones análogas á la falange macedónica, el tipo de la organización de combate para los helenos, inferior á la legión, sin embargo, porque ésta por su fácil división en manípulos, era apta para luchar en terrenos más accidentados. Durante estas campañas con los galos, los analistas colocaban el episodio del combate singular entre un gigantesco galo y Manlius que mató á su enemigo y le arrancó su *torques*, (collar), de donde le vino el sobrenombre de *Torquatus*. Sin embargo, los galos ayudados por los tiburtinos, lograron formar un campamento cerca de *Pedum*, rodeado por sus carros de guerra, y desde ahí invadían la Campania y el Lacio. Á estas causas de desaliento para los romanos, se unió

otra: los etruscos de Tarquinies declararon la guerra á Roma. Todo era guerra en derredor de la ciudad; para colmo de desdicha el ejército de Fabius se retiró en desorden ante los etruscos, que conducidos por sus sacerdotes, agitaban en danzas frenéticas, antorchas y serpientes que llevaban en las manos. Afortunadamente los latinos fatigados de las incursiones de los bárbaros, renovaron su alianza con Roma, y los celtas, los hérnicos, los volscos, que desde entonces cesan de figurar en la historia, fueron vencidos completamente. Los etruscos de Cere imploraron la clemencia del pueblo que acababa de obtener una victoria interior con la elevación del plebeyo Marcus Rutilius á la dictadura y que se dejó conmovido. Luego fueron batidos los Tarquinenses, y por fin los galos, arrojados del Lacio, marcharon impávidamente al Mediodía, sin pensar en la vuelta. El héroe de estas campañas fué Valerius Corvus, el hijo de Camillus. Cuando concluyeron, el dominio de Roma tenía los mismos límites que en los mejores días de la monarquía, y ya en la Grecia y en Cartago era conocido y respetado el nombre romano.

En los límites del Lacio y de la Campania los romanos se encontraron con los samnitas. Este pueblo belicoso y emprendedor, pero sin unidad y sin fuerza real, por consiguiente, quiso apoderarse de la Campania como sus antepasados lo habían hecho. Capua se entregó á Roma para ser defendida, y con este motivo estalló una guerra que fué necesaria, como lo son todas las que tienen lugar entre pueblos conquistadores cuyas fronteras se tocan. Los latinos tomaron parte en la lucha. Las hazañas de Decius Mus y sobre todo la victoria completa de Valerius Corvus en el monte Gaurus pusieron fin á la lucha. (343).

Los soldados que quedaron guarneciendo la Campania, pensando en la triste situación que les aguardaba en Roma, en manos de sus acreedores, quisieron apo-

derarse de Capua; descubierto el complot el cónsul los envió á Roma por cohortes, pero el ejército se reunió en la frontera del Lacio y en plena rebelión, llamando á todos los esclavos por deudas á la libertad, avanzó hacia la ciudad. El pueblo al conocer estos acontecimientos, abandonó sus hogares y se unió en masa á los sublevados. Los patricios escogieron en vano á un senador popular, Valerius; los rebeldes obligaron al Senado á ceder y obtuvieron: amnistía completa, prohibición de privar arbitrariamente al legionario de las ventajas del servicio militar, que lo ponía á cubierto de las persecuciones de sus acreedores; supresión de la reelección, sino con un intervalo de diez años; admisión de dos plebeyos á la vez en el consulado; abolición de la usura, de las deudas y libertad de los *nexi*, (esclavos por deudas). (342). Estas perturbaciones interiores y los serios amagos de hostilidad de parte de los latinos, obligaron al Senado á celebrar la paz con los samnitas abandonándoles Capua (341). Efectivamente los latinos envalentonados con su parte de victoria en la primera guerra samnita, con la alianza de los campanios y con el buen resultado de la revolución de la soldadesca, exigieron de Roma, en cambio de su hegemonía sobre el Lacio, que la mitad de los senadores y uno de los cónsules fueran latinos. Eso equivalía á una declaración de guerra.

El peligro era inminente. Roma supo conjurarlo. Aliada con los samnitas, con los hérnicos y con los nobles de la Campania, y poniendo sus ejércitos á las órdenes de hombres del temple heroico del plebeyo Decius Mus y de Manlius Imperiosus, que hizo decapitar en el campamento á su hijo por haber vencido á un latino, sin haber recibido permiso para salir de las filas, Roma estaba segura de vencer. La gran batalla se dió al pié del Vesubio; según Livio el cónsul Decius se consagró á los dioses con el ejército enemigo y se lanzó sólo sobre él; alentados